

RESEÑAS

JOSÉ LUIS CIFUENTES HONRUBIA

Usos Prepositivos en Español

Murcia: Servicio de Publicaciones, Universidad de Murcia.

1996, 193 páginas

1. INTRODUCCIÓN

En los últimos años, el estudio de las preposiciones espaciales ha tenido un gran desarrollo, observable en obras de autores como Talmy (1983), Herskovits (1988), Landau y Jackendoff (1993) y Svorou (1994), por citar sólo a algunos. La mayor parte de estas investigaciones, enmarcadas en la lingüística cognitiva, ha tratado de caracterizar la representación espacial denotada por las preposiciones, integrando en esta tarea información lingüística, perceptiva, comunicativa y cultural¹. La importancia de este cometido, a primera vista restringido, resulta enorme a la hora de plantear modelos lingüísticos psicológicamente reales, capaces, por un lado, de caracterizar fenómenos dinámicos, como la adquisición del lenguaje, el cambio lingüístico y el procesamiento del discurso y, por otro, de proveer un marco conceptual para campos aplicados como la traducción y la enseñanza de segundas lenguas. Hasta ahora, los estudios tradicionales no han sido capaces de dar cuenta de la enorme flexibilidad que muestran las preposiciones en su empleo, a pesar del carácter gramatical de estas unidades. Al parecer, la comprensión de esquemas en que se emplean preposiciones espaciales demanda de los sujetos una enorme y muy variada cantidad de información, que abarca desde los procesos perceptivos hasta las representaciones más marcadas culturalmente, pasando por nuestras conceptualizaciones de los objetos y nuestra experiencia del mundo (cf. Soto 1996).

El libro de Cifuentes Honrubia, centrado en la caracterización de la representación espacial en español, se inscribe en esta orientación emergente y entrega un punto de partida para investigaciones sobre el tema. Debe admitirse, en todo caso, que nuestra lengua no carece de estudios previos en este ámbito. De entre la amplia bibliografía que el propio Cifuentes cita, destacan la obra de Trujillo (1971) y la de Pottier (1976), publicada, esta última, originalmente en 1954 por el *Boletín de Filología* de la Universidad de Chile. Especial mención merece el trabajo seminal de Pottier, quien desarrolló un enfoque mentalista en que los significados preposicionales corresponden a esquemas abstractos que se proyectan en dominios cognitivos. A diferencia del trabajo de Pottier, sin embargo, el actual enfoque cognitivista no busca tan sólo especificar significados a nivel de lengua, sino más bien persigue caracterizar el fenómeno lingüístico considerando los factores que controlan su uso real. Estamos aquí, como ha señalado Langacker (1988), en el campo de los "modelos basados en el uso" y, aunque Cifuentes se apoye con frecuencia en la tricotomía de dominios propuesta por Pottier (espacial, temporal y nocional), su trabajo debe leerse y juzgarse con referencia al nuevo marco cognitivista.

¹Landau y Jackendoff (1993) se exceptúan de esta tendencia general, toda vez que intentan desarrollar un análisis que, sin negar el papel de los factores expresados en la comunicación lingüística, sugiere un nivel lingüístico de conceptualización que sirve de interfaz para un nivel semántico amodal posterior.

El libro que comentamos se divide en dos grandes partes. En la primera, "Aspectos Metalingüísticos" (pp. 13 a 86), Cifuentes propone un marco teórico para el estudio de la localización espacial por el lenguaje, mientras que en la segunda sección, "Análisis de las Condiciones de Empleo de los Términos Relacionantes" (pp. 89 a 180), el autor se aboca al análisis de los usos prepositivos espaciales en español. En lo que sigue, revisaremos críticamente tanto los aspectos teóricos de la propuesta de Cifuentes como su aplicación a los usos concretos, para finalizar con una breve conclusión sobre el alcance de esta obra.

2. ASPECTOS TEÓRICOS

2.1 Tras una introducción general en que se enmarca el problema y se caracteriza en trazos gruesos el enfoque lingüístico-cognitivo, la primera sección del libro se encarga de dos grandes temas: la espacialidad lingüística y el estatus de las preposiciones como elementos relacionantes. En cuanto al primero, Cifuentes destaca que el lenguaje y la cognición humana en general tratan, más que con un espacio geométrico o cartesiano, con un espacio vivido, esto es, con un espacio significativo en que se despliega la vida humana en toda su complejidad. A nuestro juicio, esta idea resulta fundamental a la hora de comprender no sólo el trabajo de Cifuentes sino toda la empresa lingüístico-cognitiva: el espacio no se conceptualiza en forma neutral como una realidad puramente física, sino que se construye, en primer término, a partir del cuerpo humano y, en especial, de la interacción de su sistema perceptivo y motor con el medio, y se modula, más tarde, por diversas contingencias culturales, idea cuya raíz encontramos en la propuesta fundacional de Lakoff y Johnson (1980). Según Cifuentes, la representación lingüística del espacio resulta de la convencionalización de patrones significativos que emergen del despliegue de estos factores y obedece a diversos "elementos configuradores de la espacialidad lingüística": la dicotomía 'figura-base'; la esquematización; los conceptos de espacio, lugar y región de interacción; y la perspectiva déctica e inherente -todos éstos, constructos compartidos por distintos estudios de orientación cognitivista.

La dicotomía figura-base se funda en el carácter relativo de la localización espacial. Las preposiciones espaciales localizan una entidad determinada (figura) en relación con otra que sirve de objeto de referencia o fondo (base); así, por ejemplo, decimos "la bicicleta está cerca de la casa" y ubicamos un objeto típicamente móvil y relativamente pequeño, respecto de otro mayor, de posición típicamente estable y cuyo lugar el hablante presupone conocido o más fácil de determinar por el oyente². Aunque nuestro autor no se detiene en este punto, debemos destacar que la relación establecida por el lenguaje es similar a la dicotomía figura-fondo, propuesta por la psicología gestáltica y, como ha sugerido Talmy (1988), parece indicar una conexión íntima entre visión y lenguaje.

El segundo aspecto que destaca Cifuentes en la configuración de la espacialidad lingüística es la esquematización de la relación, en especial la que afecta a los objetos implicados. En este punto, el autor adopta la perspectiva de Talmy (1983), en el sentido de que la esquematización selecciona relaciones cuasi topológicas en que se idealizan los objetos y se abstrae de éstos lo no relevante para la relación espacial. En tercer término, Cifuentes destaca el papel que juega la región de interacción determinada a partir de la dicotomía

²Cifuentes sólo señala que el lugar del objeto de referencia se presupone conocido; sin embargo, pensamos que nuestra caracterización resalta el aspecto fundamentalmente perceptivo e instrumental de la dicotomía: la organización figura-fondo, además de ubicar un elemento en relación a un objeto cuya localización conservamos en la memoria, facilita la búsqueda de objetos en entornos no conocidos.

figura-base. Como ha señalado Svrou (1994), y como también apunta nuestro autor, el concepto de región articula información física, perceptiva, interactiva y funcional. Johnson-Laird (1990) ilustra simplídicamente este aspecto: al decir “la silla está en la mesa”, entendemos que el primer objeto está en una posición que le permite a un individuo cualquiera sentarse e interactuar con el segundo, es decir, que la silla no está ‘de espaldas’ a la mesa. Ello implica que la expresión lingüística comunica una relación funcional prototípica entre objetos; esto es, que necesitamos también de una teoría de los objetos que incluya sus funciones. Lamentablemente, Cifuentes, aunque la considera, no profundiza más en esta línea de reflexión, que, desde el punto de vista teórico y en términos del contraste entre el enfoque cognitivista y otras posiciones, consideramos fundamental. El concepto de *región* rescata el carácter constructivo, amodal y cultural de nuestras representaciones espaciales y muestra que la comprensión del lenguaje por parte de individuos situados en el mundo supone la interacción de múltiples tipos de información que parecen operar en paralelo.

El cuarto elemento configurador de la espacialidad es la dicotomía entre un marco de referencia que implica una perspectiva inherente y otro que emplea una deíctica. Mientras el último, determinado contextualmente, es psicológicamente más primitivo y puede caracterizarse en términos perceptivos, el primero, de acuerdo con Cifuentes, “necesita hacer referencia a la memoria, a nuestra concepción del objeto y las partes intrínsecas que puede tener” (p. 33). El sistema inherente descansa en la distinción de dimensiones espaciales generadas a partir de las representaciones de los objetos y, prototípicamente, a partir de la propia autorrepresentación del cuerpo humano en el mundo. Así, el autor distingue tres dimensiones: la verticalidad, con la oposición arriba/abajo, la asimetría delante/detrás y la dicotomía derecha/izquierda (en orden descendiente de prominencia). A éstas, por cierto, debe añadirse la oposición dentro/fuera, que el autor no menciona aquí, pero que emplea más adelante al caracterizar los usos prepositivos espaciales.

2.2 Cifuentes, como otros, considera que, desde un punto de vista semántico, las preposiciones son elementos de relación. Tras revisar y descartar algunas críticas a esta perspectiva, presenta esquemática, pero lealmente, el tratamiento que ha recibido la unidad por parte de estudios generativistas, para finalmente defender el enfoque de la lingüística cognitiva, según el cual “las preposiciones expresan cómo el hablante establece un lazo cognitivo entre dos o tres partes de una escena espacial” (p. 43). Posteriormente, nuestro autor distingue “tipos de preposiciones” (pp. 44-46); en concreto, locativos deícticos y no deícticos, reconociendo en ambos tanto el papel que el contexto desempeña en toda comunicación real como la perspectiva implicada en la conceptualización humana del espacio.

Interesante resulta el tratamiento que da Cifuentes a los términos relacionados por las preposiciones. Si bien parece claro, como ya hemos visto, que la preposición locativa introduce un sintagma nominal que designa la base u objeto localizante, la figura resulta más variable e incluso a veces no se explicita. Así se observa en los ejemplos dados por el autor:

- (1) *Pedro mira a los leones en el coche*
- (2) *Pedro mira a los leones en la jaula*
- (3) *Llueve en Minaya*
- (4) *Juan juega sobre la mesa*

Mientras en (1) *Pedro* es la figura localizada, en (2) lo son *los leones*, en (3) se localiza un evento que no pide actantes y en (4) se localiza, en una de sus lecturas, un elemento implicado en el esquema prototípico de *jugar*, pero no explícito en la construcción: un juguete. Cifuentes señala que no es posible dar cuenta de esta variación a través de un

modelo de localización actancial, como tampoco de uno de "localización proposicional" en que se precisa el lugar de un estado de cosas. Propone, en cambio, siguiendo a Döpke-Schwarze, que la preposición asigna un segmento espacial al objeto localizante y que la figura se determina, en relación con ese espacio, a partir de datos semánticos y pragmáticos particulares. A nuestro juicio, este último planteamiento es compatible con dos ideas que hemos expresado en otra parte (Soto 1996): que las expresiones lingüísticas son instrucciones para construir modelos mentales que permiten a los sujetos interactuar con la realidad y que la organización interna de las representaciones mentales surgidas se puede describir en términos imaginísticos.

Al caracterizar el significado de las preposiciones, Cifuentes se aboca al problema de la determinación de un sentido único a partir de la polisemia típica de estas unidades. En sucesivos apartados, revisa propuestas de Langacker, Herskovits, Vandeloise, Lakoff y Trujillo, discutiendo temas como los prototipos, el papel de la pragmática en la estructuración de redes semánticas y la distinción entre significado y concepto. Finalmente, nuestro autor llega a su propia propuesta en que se entiende el significado como una construcción metodológica y esquemática —de ahí, prototípica— que permite organizar, en una perspectiva sincrónica, una serie de usos contextualizados que son, nos dice, "los elementos realmente existentes" (p. 62). Debemos señalar que el encuadre del problema no nos satisface por completo. Si el significado es sólo una categoría metodológica y si se aísla una sincronía puramente descriptiva de una diacronía explicativa, se pierde gran parte de los atractivos del enfoque cognitivo. Ciertamente, no puede exigirse a Cifuentes que dé cuenta de todos los factores que influyen en la configuración del dominio de la espacialidad en el lenguaje (el sistema cognitivo humano, las restricciones impuestas por la comunicación y el carácter histórico del lenguaje); sin embargo, éstos no pueden eliminarse por un decreto metodológico. Entre la tarea, quizás inabarcable, de caracterizar integralmente el fenómeno y la tarea reduccionista de limitarse a un modelo cerrado, hay al menos una posibilidad: entender el estudio como parte de un proyecto interdisciplinario más amplio. Que el estudio de Cifuentes no permita afirmar la realidad psicológica de las unidades de significado propuestas no significa que éstas sean meras ficciones metodológicas. Si creemos que es posible una ciencia de la mente, debemos tratar de compatibilizar nuestras líneas de investigación con las de las otras disciplinas cognitivas, reconociendo, por supuesto, que siempre proponemos modelos que compiten entre sí y que finalmente son reemplazados por otros más adaptativos.

En los apartados siguientes, nuestro autor trata, por un lado, las difusas fronteras entre adverbio, preposición y prefijo y, por otro, los procesos de gramaticalización que experimentan las locuciones preposicionales. En ambos casos, a través de una breve pero acertada discusión bibliográfica, Cifuentes defiende una posición de base semántico-pragmática en que los locativos espaciales pueden expresarse por medio de distintas categorías tradicionales. Así, propondrá finalmente hablar de "elemento relacionante espacial", término que trasciende el campo de las preposiciones e incorpora los adverbios, los prefijos y los sustantivos que integran locuciones prepositivas. Por último, propone un esquema de los elementos relacionantes, entendidos como miembros de una categoría amplia, fundada en el uso real y organizada prototípicamente. El esquema intenta aprehender la forma en que características semántico-pragmáticas y sintácticas articulan los elementos locativos en el español y, en este sentido, recoge la proyección de la función conceptual en una lengua particular. El esquema distingue la localización comunicada en forma implícita de la explícita: mientras la localización implícita puede ser interna ("aquí") o externa al elemento ("arriba"), la localización explícita puede manifestarse sintagmática o cotextualmente (esto es, en el marco de la oración o del discurso) e, incluso, puede fusionarse con el objeto localizante, como ocurre en el caso de los prefijos. El esquema de Cifuentes logra

organizar el continuo que forman las diversas manifestaciones lingüísticas de la localización e ilumina las posibles relaciones cognitivas y diacrónicas de los elementos locativos (tiene, pues, más capacidad explicativa que la que el propio autor atribuye a su trabajo). Llegados a este punto, comprendemos a cabalidad el objetivo del autor: dar cuenta de los usos de los elementos relacionantes espaciales en español a partir de una estructuración del espacio en que se distinguen la verticalidad, la interioridad, la perspectividad y la lateralidad.

3. EL ANÁLISIS DE LA LOCALIZACIÓN ESPACIAL EN ESPAÑOL

3.1 Aunque en la introducción a la segunda parte de su obra Cifuentes señala que se limitará al estudio de los términos relacionantes espaciales en el eje vertical, el libro trasciende este objetivo. En efecto, además del estudio del componente vertical superior e inferior, revisa el componente perspectivo anterior y posterior, el componente interior, la lateralidad, la dimensión geocéntrica, la personal y los términos directivos, si bien no todos estos ámbitos se examinan con la misma profundidad. En general, los distintos usos locativos se caracterizan apelando a ciertos parámetros con que se intenta dar cuenta de la diversidad de aspectos que los condicionan: la expresión lingüística de la relación locativa, la perspectiva, la relación perceptivo-funcional entre la figura y la base, el tipo de expresión localizadora y el papel de las representaciones de los objetos en la relación.

Entre estos rasgos, algunos de los cuales ya han sido comentados, destacan el tipo de expresión localizadora y la relación perceptivo-funcional. Con el primer término, Cifuentes apunta al tipo de espacialidad propuesto por el elemento relacionante. Para él, las expresiones localizadoras pueden ser de tres tipos: locativas (*ubi*, i.e. relación continente-contenido), locativo-directivas (*unde, quo*, i.e. fuente, meta) y locativo-extensivas (*qua*, i.e. camino o trayecto). Su propuesta, que nos parece convergente con la idea de cronotopología de Pottier (1995-1996) o con algunas de las metáforas conceptuales básicas planteadas en la lingüística cognitiva a partir de Lakoff y Johnson (1980), permite agrupar las distintas relaciones espaciales en un trayecto témporo-espacial que, a nuestro entender, esclarece no sólo la espacialidad sino gran parte de las relaciones circunstanciales, como también afirma Pottier (1995-1996)³.

Con la relación perceptivo-funcional, Cifuentes busca dar cuenta de la conceptualización de la interacción entre figura y base a partir de factores perceptivos y culturales. Para ello, categoriza las relaciones en tipos bastante abstractos como “contención”, “contigüidad”, “cierre” o “apertura”; una clasificación de claras connotaciones topológicas y gestálticas. Estas categorías, por otra parte, son similares a las planteadas por Talmy (1988), en un ámbito que trasciende el de las relaciones espaciales y que se proyecta en forma relativamente ubicua por la estructura del lenguaje. Aunque Cifuentes se restringe, intencionalmente, a las relaciones estrictamente espaciales, es posible que su categorización pueda extenderse a otros dominios semánticos en español, con miras al desarrollo de una gramática de base semántico-pragmática para nuestra lengua.

3.2 Respecto del análisis, en primer término nuestro autor estudia detenidamente el componente vertical superior, contrastando los usos de “arriba”, “encima (de)”, “sobre” y otros

³Informalmente, en nuestros últimos cursos de gramática española, dictados en la Pontificia Universidad Católica de Chile, hemos explorado la posibilidad de este esquema básico, entendiéndolo como un esquema imaginístico de “viaje”, que sirve de soporte para los actantes y las circunstancias en distintos dominios semánticos y en que es posible perfilar diversos aspectos.

elementos de relación con ítemes léxicos que indican espacialidad, como “en lo alto de” y “en la parte superior”. Un análisis similar se repite con los otros componentes de la espacialidad, salvo el caso de las dimensiones geocéntrica y personal, que se exponen sumariamente. Por razones que no entendemos del todo, Cifuentes parte limitando su análisis a las formas “correctas” del español (p. 103), aunque pronto rectifica el camino y considera algunos ejemplos tachados de incorrectos, pero que se escuchan en el habla (“arriba nuestro”, por ejemplo). En general, el análisis es minucioso y las caracterizaciones resultan convincentes. Así, por ejemplo, “adelante” se caracteriza por manifestar una localización implícita externa, responder a una perspectiva déctica no intrínseca, establecer una relación abierta entre figura y base, expresar difícilmente una relación *ubi* y estructurar internamente el objeto que sirve de base. Mediante un análisis que considera aspectos perceptivos, conceptuales, sintácticos, pragmáticos y culturales, Cifuentes nos entrega una descripción realista, cognitiva y comunicativamente fundada, de los elementos de relación en el español. Es, en resumen, un trabajo que vale la pena conocer y cuyos principios, con más o menos modificaciones, pueden servir para estudios posteriores en otros dominios. Tenemos, sin embargo, algunas críticas tanto al método de análisis como a ciertas observaciones del autor.

En cuanto al método, Cifuentes opera con la creación de instancias descontextualizadas de oraciones correctas e incorrectas, lo que lleva a la proliferación de asteriscos que indican que tal o cual oración no es propia de la lengua española. Sin embargo, los ejemplos no siempre resultan claramente agramaticales. Con frecuencia, sentimos más bien que son poco probables o que demandan la construcción de un contexto que se aleja de las situaciones prototípicas. Así, por ejemplo, la oración “se metió detrás del auto (coche)” puede entenderse como un choque en que un automóvil “se mete” detrás de otro o como un sujeto que “se mete” entre dos autos que están en fila y en que el primer auto es el foco de atención⁴. En realidad, el juicio de gramaticalidad no es absoluto, sino gradual. Como ha señalado Talmy (1983), a partir de la estructura oracional el oyente construye una imagen con que intenta, a toda costa, asignar sentido a lo que escucha. Estas imágenes evocadas son en sí mismas interesantes y, probablemente, su análisis nos permitiría una mejor comprensión de la relación entre las estructuras sintácticas, semánticas y pragmáticas. Por lo pronto, el fenómeno da cuenta de la plasticidad característica de los esquemas con que operamos en el lenguaje.

Por otro lado, las afirmaciones de Cifuentes no siempre nos resultan del todo convincentes. A veces, las diferencias apuntan a casos en que, a nuestro juicio, el autor, aunque acertado, no da crédito suficiente a la complejidad de la representación espacial. Así parece ocurrir con el análisis de los relacionantes “encima” y “sobre”. Cifuentes señala que en el segundo se da una “interacción” entre figura y base que falta en el primero. Para nuestro autor, esta definición es compatible con la de Gili y Gaya, para quien “sobre” representa la gravitación que ejerce la figura sobre la base. Pensamos, sin embargo, que ambas caracterizaciones son incompatibles y que la definición de Cifuentes supera a la de Gili y Gaya. En efecto, la interacción a que apela Cifuentes apunta a una “cohesión” funcional entre figura y base, que permite oraciones como “la casa está fabricada sobre buenos cimientos”, en el sentido comúnmente dado a la oración y que es muy poco probable con “encima”. De la misma descripción de nuestro autor, podemos inferir que, a diferencia de “sobre”, el relacionante “encima” representa una localización que, tomando en cuenta como objeto de referencia secundario a la tierra, comunica prototípicamente una imagen en que cierta

⁴Ambas interpretaciones fueron dadas por sujetos a los que, en una situación informal, les mencioné la oración.

entidad discreta, la figura, “ejerce” fuerza hacia abajo y otra unidad discreta, la base, “sustenta” a esa figura⁵. En otras palabras, “encima” perfila en mayor medida la fuerza gravitatoria que tiene “sobre”, a la vez que comunica un menor grado de cohesión. Nos parece que la noción “fuerza” debiera incorporarse directamente en la caracterización espacial y no reservarse a usos extendidos de una imagen básicamente locativa; preposiciones como “encima” darían cuenta del carácter fundamental que esta noción, propia de la física ingenua, tiene para nuestra conceptualización del espacio en el lenguaje. Al respecto, recientemente Cienki (en prensa) ha propuesto un análisis de la lateralidad en esta línea —“a la izquierda de”, “a la derecha de”—, mostrando que la percepción de lo fuerte parece tan básica como las relaciones locativas.

En otras oportunidades, las aseveraciones de Cifuentes resultan demasiado taxativas y requerirían, por tanto, de algún modalizador. Por ejemplo, según el autor, “sobre” se emplea como variante de “a” para indicar un movimiento hostil. Este sería el caso en “César marchaba sobre la ciudad”, donde la preposición puede conmutarse por “contra”. No negamos que el ejemplo sea adecuado; sin embargo, la situación es claramente más compleja, como muestra el siguiente pasaje en que se narra el bautismo de Jesús: “...y vio al Espíritu de Dios descender en forma de paloma y caer sobre Él” (Mateo 3,16). Junto al empleo de asteriscos, ya criticado, este tipo de afirmaciones revela el intento de fijar excesivamente fenómenos que en el lenguaje parecen más flexibles. Quizás el problema radique en que las representaciones lingüísticas son más complejas y plásticas de lo que normalmente pensamos y que, por tanto, como señala Langacker (1988), un modelo basado en el uso no necesariamente debe buscar la elegancia y la simplicidad descriptivas.

4. CONCLUSIÓN

Más allá de las diferencias expresadas respecto del trabajo aquí reseñado, la obra de Cifuentes nos parece fundamental para una mejor comprensión de la representación lingüística del espacio en el español. Lo más destacable en ella es el desarrollo y la aplicación de un conjunto de categorías que permiten un análisis prácticamente integral del uso de los elementos relacionantes. En efecto, como hemos dicho, el trabajo de Cifuentes considera aspectos perceptivos, conceptuales, sintácticos, pragmáticos y culturales, en la caracterización de tales elementos. El estudio conduce a esquemas mentales de los distintos usos, los que podrían servir de base para análisis posteriores de adquisición del lenguaje espacial, contraste de los usos en distintas lenguas y cambio lingüístico, entre otros temas. Ante la riqueza y las proyecciones de sus propuestas, nuestras críticas al autor son menores. Concentrándonos en la caracterización de los elementos relacionantes en español, estas críticas se restringen a la noción de agramaticalidad y al nivel de idealización de los esquemas. En ambos casos, nos parece que no se aprehende del todo la extraordinaria flexibilidad de las preposiciones. En cuanto a su componente teórico, el libro presenta dos grandes virtudes: discute ampliamente la bibliografía sobre el tema y se interna en aspectos básicos del enfoque lingüístico-cognitivo. En todo caso, nos habría gustado que Cifuentes adoptara una posición más realista sobre el estatus psicológico de sus proposiciones.

Finalmente, no podemos dejar de señalar ciertos aspectos de la edición que entorpecen la lectura. Éstos pueden resumirse en la relativa abundancia de errores tipográficos; la

⁵Nótese que “encima” tiene también como acepción “constituyendo una carga” (Moliner 1990). Recientemente, hemos escuchado que, en la transmisión televisiva de partidos de fútbol, se emplea el verbo “encimar” en el sentido de marcar muy de cerca a un contrario, es decir, “presionarlo”.

redacción perfectible de algunas oraciones y párrafos (véanse, por ejemplo, las páginas 72 y 82); y problemas de edición, como la ausencia en la bibliografía de dos de los autores citados en el texto (Benveniste 1971 y Seco 1973). También pensamos que la exposición se habría visto facilitada con un mayor número de cuadros y tablas. No obstante lo anterior, el esfuerzo realizado por el lingüista español en la caracterización del lenguaje espacial y la calidad de sus resultados trascienden los problemas expuestos. Estamos seguros de que la obra de Cifuentes constituirá referencia obligada para futuros estudios en uno de los campos en que se manifiesta de modo más patente la relación entre lenguaje y cognición.

REFERENCIAS

- CIENKI, A. (en prensa). The strengths and weaknesses of the left/right polarity in Russian: Diachronic and synchronic semantic analyses. En L.G. de Stadler (Ed.), *Contributions in cognitive linguistics*. Berlín: Mouton de Gruyter.
- HERSKOVITS, A. (1988). Spatial expressions and the plasticity of meaning. En B. Rudzka-Ostyn (Ed.), *Topics in cognitive linguistics*. Pp. 271-297. Amsterdam: John Benjamins.
- JOHNSON-LAIRD, P. (1990). *El computador y la mente*. Barcelona: Paidós.
- LAKOFF, G. y M. JOHNSON. (1980). *Metaphors we live by*. Chicago: University of Chicago Press.
- LANDAU, B. y R. JACKENDOFF. (1993). 'What' and 'where' in spatial language and spatial cognition. *Behavioral and Brain Sciences* 16: 217-265.
- LANGACKER, R. (1988). A usage-based model. En B. Rudzka-Ostyn (Ed.), *Topics in cognitive linguistics*. Pp. 127-161. Amsterdam: John Benjamins.
- MOLINER, M. (1990). *Diccionario de uso del español*. Madrid: Gredos.
- POTTIER, B. (1976). Espacio y tiempo en el sistema de las preposiciones. En *Lingüística moderna y filología hispánica*. Pp. 144-153. Madrid: Gredos.
- POTTIER, B. (1995-1996). Las relaciones intra y extraoracionales. *Boletín de Filología de la Universidad de Chile* XXXV: 361-377.
- SOTO, G. (1996). El papel de los esquemas en la representación espacial por el lenguaje. *Lenguas Modernas* 23: 25-48.
- SVOROU, S. (1994). *The grammar of space*. Amsterdam: John Benjamins.
- TALMY, L. (1983). How language structures space. En H. Pick y L. Acreolo (Eds.), *Spatial orientation: Theory, research, and application*. Pp. 225-281. Nueva York: Plenum Press.
- TALMY, L. (1988). The relation of grammar to cognition. En B. Rudzka-Ostyn (Ed.), *Topics in cognitive linguistics*. Pp. 165-205. Amsterdam: John Benjamins.
- TRUJILLO, R. (1971). Notas para un estudio de las preposiciones españolas. *Boletín del Instituto Caro y Cuervo* XXV: 234-279.

GUILLERMO SOTO
Universidad de Chile
Pontificia Universidad Católica de Chile